

## PLÁTICA X.

TERCER MANDAMIENTO. — LA SANTA MISA.

*Ipsa est propitiatio pro peccatis nostris. (1 Joan. 11, 2).*

No creo hayais olvidado lo que os dije el último dia, hablando de la santificacion de las fiestas, á saber : que para santificarlas no basta la suspension de todo trabajo corporal y mecánico ; sino que es necesario tambien el ejercicio de obras espirituales y religiosas. ¿Y cuáles son, preguntaréis, las obras religiosas que debemos practicar?—Por de pronto no podré dar una respuesta cabal á esa pregunta ; porque no entra en mi plan explicar hoy todo lo que un cristiano debe hacer en el dia festivo : solo os diré, que entre las varias prácticas que se pueden adoptar, hay una que no os es lícito omitir, porque os está formalmente mandada por la Iglesia, y es la asistencia al santo sacrificio de la misa.

Pesad bien la expresion : no digo que la asistencia á la misa sea el único acto de religion que estais obligados á practicar, de suerte que cumplido este, ya no os queda mas que hacer en toda la fiesta sino hablar, pasear y divertir os ; lo que digo es, que entre los diferentes actos religiosos que en la fiesta debéis ejecutar, la Iglesia ha pasado á señalar uno que de ningun modo quiere omitais, y es la asistencia á la misa, dejando los otros á vuestra eleccion y libertad, para que libremente os dediqueis á los que sean mas de vuestro gusto y devocion.

¿Y por qué, diréis, la Iglesia ha mandado la asistencia á la misa en los dias festivos?—Porque en toda la Religion no hay

un acto ni tan honroso á Dios, ni tan saludable á nosotros, como la santa misa, y de consiguiente ninguno que sea tan á propósito para tributar al Señor el culto especial que le debemos en tales dias.

Yo sospecho, fieles míos, que vosotros aun no habeis logrado formaros una justa idea de este sacrificio divino que diariamente se ofrece sobre nuestros altares ; y el motivo de sospecharlo ¿sabeis cuál es? Es el poco ó ningun cuidado que teneis de asistir á él cuando la Iglesia no os obliga á ello con un precepto formal y expreso ; es el espíritu de indevoción y frialdad con que os veo presenciar el mas santo y sublime de nuestros misterios. ¡Ah! si una vez llegáseis á conocer lo que es la santa misa, los frutos admirables que produce, las bendiciones y gracias que trae ; cierto estoy de que ni un solo dia, pudiendo, sabríais pasar sin oirla, y que oyéndola, estaríais en un raptó continuo de admiración y amor. Al objeto de que lo conozcais, os explicaré 1.º qué cosa es la santa misa : 2.º cuáles son los frutos que causa : 3.º cuáles los medios de percibir estos frutos.

Yo no puedo explicar mejor lo que es la santa misa, que sirviéndome de las palabras que el santo concilio de Trento profirió á este propósito. «Aunque Jesucristo, dice, no debiese «sacrificarse mas que una sola vez sobre el altar de la cruz «para obrar nuestra redencion ; no obstante, con el fin de dejar á la Iglesia su esposa un sacrificio sensible que le representase el sacrificio que por su amor iba á ofrecer en el Calvario, y al mismo tiempo le aplicase su virtud saludable, «en la última cena ofreció á su divino Padre su propio cuerpo y sangre bajo las especies del pan y del vino ; y bajo las

«mismas especies dió potestad á los Apóstoles y á sus sucesores en el sacerdocio para ofrecerlos, diciéndoles : *Haced esto en memoria de mí.*»

De ahí es, que la misa es una memoria, una representación, ó mejor dicho, una continuacion del sacrificio que Jesucristo ofreció en la cruz por nuestro amor ; porque el mismo Jesucristo que una vez se ofreció sobre la cruz, es el mismo que diariamente se sacrifica sobre los altares, sin que entre el sacrificio del altar y el de la cruz haya mas diferencia que en el modo de sacrificar á Jesucristo ; pues el sacrificio de la cruz fue con derramamiento de sangre, porque allí se trataba de pagar el precio de nuestra redencion ; y el del altar es sin efusion de sangre, porque aquí no se trata sino de aplicarlo.

Inferid de esto cuán grato, cuán precioso, cuán aceptable ha de ser á Dios Padre el santo sacrificio de la misa. ¡ Ah caros hijos ! hay mucha diferencia entre este sacrificio que nosotros ofrecemos á Dios, y los que le ofrecieron Adán, Abel, Melquisedec, Jacob y la Sinagoga : en los de estos se le ofrecian toros, corderos, palomas, frutas y otras cosas de bajo precio ; mas nosotros ofrecemos el cuerpo, la sangre, el alma, la vida de su Unigénito, objetos todos los mas preciosos y amables que se le pueden ofrecer. Poned de una parte todos los méritos de María santísima y de los Santos, la pureza de las Vírgenes, las penitencias de los Anacoretas, los padecimientos de los Mártires, los desvelos de los Doctores, las fatigas de los Apóstoles... ¡ oh ! todas estas cosas juntas no agradan ni honran tanto á Dios como le honra y agrada una sola misa ; porque la víctima que en ella se le ofrece, las supera á todas infinitamente.

Es por esta razon que por medio del santo sacrificio de la

misa conseguimos los frutos mas preciosos y ricos, que son : *honrar* á Dios cuanto lo merece su infinita grandeza ; *apacar* á Dios cuanto lo exige su divina justicia ; *corresponder* á Dios cuanto lo pide su gran beneficencia ; *alcanzar* de Dios cuanto lo necesita nuestra extrema pobreza. Os los presentaré separadamente, y cada cosa por sí.

1.º Nosotros debemos honrar á Dios ; porque si por toda ley el súbdito está obligado á honrar al superior, el siervo al amo, el vasallo al soberano, mucho mas lo está la criatura al Criador. Y advertid que jamás le honrarémos dignamente y como él merece ser honrado, si no le damos un honor infinito, por ser infinita su majestad. Pero ¿ somos nosotros capaces de esto ? ¡ Ah, hijos míos ! todos los obsequios que podemos prestar á Dios, son una cosa tan pequeña ante su infinita grandeza y majestad, que ni siquiera merecen, digámoslo así, una mirada suya. Aunque todas las criaturas nos juntásemos para bendecirle y alabarle ; aunque nos sacrificásemos y destruyésemos en obsequio suyo ; aunque nos consumiésemos de amor suyo como se consumen los cirios que arden en los altares, no lograríamos darle todo el honor que le debemos. ¿ Qué medio, pues, nos queda para satisfacerle tan gran deuda?... ¿ Deseais saberlo ? El santo sacrificio de la misa. Por medio de él damos á Dios un honor que supera todos los honores que puede prestarle cualquiera criatura existente ó posible ; un honor que le glorifica cuanto merece ser glorificado, porque le ofrecemos un sacrificio, en el cual una Persona infinita se humilla ante su infinita majestad.

¿ Qué pensais hace Jesucristo en la santa misa ? Se presenta á su divino Padre en estado de extrema sumision, humillado, empequeñecido, anonadado hasta el punto de tomar la semejanza de pan y de vino. Así anonadado le reconoce, le aca-

ta y le adora ; y en señal del ardiente deseo que tiene de honrarle y glorificarle, se le ofrece todo entero, le renueva el sacrificio de su propia vida hecho una vez sobre la cruz , y se presenta pronto á sufrir mil muertes , si fuese menester, para siempre mas honrarle y glorificarle. ¿ Puede haber un obsequio mas digno de Dios ? Pues este es el obsequio que le hacemos siempre que le ofrecemos el santo sacrificio de la misa : por esto la misa se llama sacrificio *latéutrico*, que quiere decir, de honor infinito.

2.º Nosotros debemos aplacar á la justicia divina irritada por nuestras culpas, dándole una conveniente satisfaccion. Pero ¿ nos hallamos en estado de hacerlo ? ¡ Ay ! cuando en todo el mundo no se cometiese mas que un solo pecado mortal, es este de una malicia tan grande, que para satisfacer dignamente á Dios por él, no bastarian los padecimientos de todos los Mártires, ni las penitencias de todos los Confesores, ni los trabajos de todos los Apóstoles. ¿ Cómo podrémos, pues, aplacar á Dios por tantas culpas que se cometen en todas las partes del mundo cristiano ? ¿ cómo escapar los golpes de la justicia divina provocada por tantas ofensas ?... Con el santo sacrificio de la misa.

En la misa Jesucristo se presenta en persona á su divino Padre pidiéndole perdon de nuestros pecados, *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris* ; y para conseguirlo le recuerda los dolores, las agonías y la muerte que sufrió por nosotros ; y repitiendo aquella tierna súplica que le dirigió desde la cruz, le dice : *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt* ; y esto basta, hijos míos, para desarmar el brazo de Dios, y hacerle caer de la mano la espada vengadora. ¡ Ay de nosotros, si no tuviésemos esta víctima de propiciacion ! ; cuánto tiempo há que Dios nos hubiera exterminado como á Sodoma y

Gomorra ! Si al presente Dios usa de mayor clemencia que en los tiempos antiguos ; si ahora no renueva los tremendos castigos que otras veces envió al mundo, lo debemos, fieles míos, lo debemos á su unigénito Hijo, que haciéndose en la misa víctima de propiciacion, le desenoja y aplaca : *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris*. Por esto la misa se dice sacrificio *propiciatorio* ; porque aplaca la justicia divina, y suspende en sus manos los azotes merecidos.

Sin embargo, la misa no solo se llama sacrificio propiciatorio en el sentido que acabo de explicar ; sino tambien en cuanto por su eficacia nos descargamos de la deuda que nos queda con Dios por los pecados ya perdonados. Vosotros no ignorais, amados míos, que perdonada la culpa, no se perdona ordinariamente toda la pena que le era debida ; sino que queda una pena temporal pagadera ó en ésta vida ó en la otra. Tampoco ignorais, que para satisfacerla no bastan de ordinario las buenas obras que hacemos, como rezos, ayunos, limosnas, etc. ; porque, aunque son de algun valor, no igualan á la deuda que tenemos con Dios. ¿ Cómo lo harémos, pues, para no quedar siempre deudores ? Recurriendo al santo sacrificio de la misa ; porque en él Jesucristo ha depositado el tesoro riquísimo de sus méritos infinitos, á fin de que podamos ofrecerlo al divino Padre en satisfaccion de todas nuestras deudas. Y es tan copioso este tesoro de los méritos de Jesucristo, que no solo podeis echar mano de él para vosotros, sino tambien para los difuntos ; por manera que ofreciendo por ellos el sacrificio divino, conseguiréis una disminucion y quizás un completo alivio de sus penas. Y notad, que este es el medio mas seguro de aliviarles, y muchas veces el medio único que queda. Porque, si vosotros estais en pecado mortal, cualquiera obra buena que hagais para alivio

de los difuntos, yo no puedo aseguraros que les aproveche ; pero sí os aseguraré, que les aprovechará el sacrificio de la misa en cualquier estado que se lo apliqueis, aunque sea el de culpa grave. La razon de esta diferencia es, que en las demás obras buenas Dios considera vuestro mérito y vuestra disposicion, y si estais en desgracia de él, no es seguro que las acepte en favor de otros no valiendo para vosotros mismos ; pero en la santa misa no considera vuestra dignidad ni la del celebrante, sino únicamente el mérito infinito de la víctima que se le ofrece.

3.º Nosotros debemos dar gracias á Dios cuanto lo merece su gran beneficencia, correspondiéndole dignamente por los continuos beneficios que nos hace, ya comunes, ya particulares, ya de naturaleza, ya de gracia. Mas ¿qué podemos ofrecerle en justo agradecimiento de estos beneficios? ¿nos ofreceremos nosotros mismos todos enteros á él?... Aunque tal hiciéramos, esta oferta no equivaldria al mas ínfimo de sus favores. ¿Qué medio, pues, nos queda? El santo sacrificio de la misa. En él Jesucristo pone á nuestra disposicion una dádiva que iguala y sobrepaja á todas las gracias que hemos recibido de Dios, la cual es su propio cuerpo y sangre ; de modo que ofreciéndosela, le hacemos un presente que vale infinitamente mas que todos los dones que hemos recibido de su mano. Por esto la misa se llama sacrificio *eucarístico*, esto es, de accion de gracias.

4.º Por último, nosotros necesitamos alcanzar de Dios cuanto ha menester nuestra extrema pobreza ; pues de su mano nos han de venir todas las cosas necesarias, ya para el alma, ya para el cuerpo, ya para la vida, ya para la eternidad. Mas ¿con qué título nos presentaremos delante de Dios á pedirle estas cosas? Pecadores como somos, ¿no merecemos mas bien cas-

tigo que gracias?... Así es : pero si nuestras súplicas no tienen valor alguno, hay un medio de hacerlas tan eficaces, que Dios no podrá dejar de oirlas. ¿Sabeis cuál es? El santo sacrificio de la misa. En él Jesucristo mismo se hace nuestro abogado para con su divino Padre, le expone nuestras necesidades, le presenta nuestras oraciones unidas á las suyas propias y al valor infinito de sus méritos. ¿Puede Dios dejar de oir unas oraciones tan bien acompañadas? No : y por esto la misa se dice sacrificio *impetratorio*, es decir, capaz de alcanzar toda suerte de gracias.

Ya veis, pues, fieles míos, cuán grande es la excelencia del santo sacrificio de la misa, y cuáles son los inestimables bienes que encierra. Mas ¿estos bienes los consiguen todos los cristianos? Pluguiera á Dios que así fuese ; pero para la mayor parte un sacrificio tan excelente queda sin producir fruto alguno, no por defecto de la víctima, sino por no adoptar los medios convenientes.

El gran medio es frecuentar la santa misa lo mas que se pueda : ya entenderéis que no hablo de frecuentarla precisamente en los dias mandados por la Iglesia, porque esto es de obligacion ; sino en los dias libres y por sola devocion. Yo no sé entender, como siendo vosotros tan exactos en practicar cada dia ciertas prácticas devotas, olvidais la principal, la principalísima, la que merece ser preferida á todas las demás. El saber que la misa es la obra mas grata á Dios y la mas saludable á vosotros, ¿no debería ser motivo suficiente para oirla todos los dias, pudiendo? Ciertamente que sí ; pero no parece sino que vosotros creeríais hacer un pecado, si la oyéseis en dia que no fuere de precepto. ¿Digo demasiado? Entrad en los templos en dias de trabajo, ¿qué veis? poco menos que soledad, y quizás mas ministros en el altar que per-

sonas en la iglesia. ¡Cosa deplorable! veo llenas las calles, llenas las plazas, llenos los cafés, llenos los teatros de gente ociosa y desocupada, y las iglesias abandonadas, solitarias, desiertas. ¡Qué ingratitud al amor de Jesucristo presente en el altar! Él se sacrifica por vosotros á su divino Padre, le presenta por vosotros sus obsequios, le ofrece sus satisfacciones para pagar vuestras deudas, le dirige sus súplicas para el alivio de vuestras necesidades; y vosotros ni siquiera os tomáis la molestia de venir á presenciarlo. Si viene un extranjero enseñando un animalucho; si se presenta una cantatriz trinando coplas acompañadas de un mal violin; si llega un saltimbanquis haciendo cabriolas sobre una cuerda, allá vais, allá correis, allá asistís no solo con la persona, sino tambien con el dinero: y cuando en la misa se representa el mas tierno y santo de nuestros misterios, no hay quien vaya, no hay quien asista... Esto es afrentoso, hijos míos, y los colores salen á la cara solo con decirlo.

En consecuencia os suplico, que siempre que la asistencia á la misa sea conciliable con vuestras obligaciones, no dejéis de oirla. Esta práctica os será provechosa en vida, saludable en la muerte y premiada en la eternidad. Amen.

## PLÁTICA XI.

TERCER MANDAMIENTO.—EL PRECEPTO ECLESIASTICO DE OIR MISA.

Memento, ut diem sabbati sanctifices. (*Exod. xx, 8*).

Os decia en la pasada instruccion, que entre las varias obras de piedad que pueden contribuir á la santificacion de la fiesta, la Iglesia, dejando todas las otras á vuestra prudencia y devocion, ha pasado á mandaros una que no podeis omitir sin pecado; y esta es la asistencia al santo sacrificio de la misa. Esta obra, como veis, no es ardua, no es costosa, no es difícil en su ejecucion, pues que ordinariamente se despacha en media hora: y sin embargo ¡quién lo creyera! tan fácil y hacedera como es, todavía son muy pocos los que la cumplen en la debida forma. Unos dejan de asistir á la misa por cualquier motivo ó pretexto, aunque sea el mas frívolo: otros asisten maquinalmente, y sin el recogimiento interior esencialmente necesario para bien oirla: otros la oyen haciendo mil indecencias y calaveradas, como personas que estén destituidas de crianza al igual que de religion.

Y cuidado que no exagere las cosas. Entrad en nuestros templos al tiempo de celebrarse los divinos oficios, ¿qué veis? ¡Ay de mí! Unos rien, charlan, vuelven la vista por acá y por allá, buscando un pasto á la vanidad, y quizás el ídolo infame de su impura pasion: otros, sin hacer distincion alguna entre un acto tan santo y una representacion teatral, están allí por pura ceremonia y formalidad, haciendo el oficio de mirones, sin ninguna atencion del entendimiento y sin ningun afecto del corazon: otros, como si lo que se hace en el